

JUAN CHAJCHIR

**ENTREVISTAS A
DON JUAN**

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2021

NOTA INTRODUCTORIA A LAS ENTREVISTAS A DON JUAN CHAJCHIR

Nada se puede desperdiciar de los amarillentos papeles que tenemos en nuestro poder del tío Mauricio y de nuestro querido viejo, don Juan.

Creemos que todo esto es motivo de estudio todavía, porque tal vez nos quedamos cortos con las interpretaciones de los terceros extrafamiliares y que no pertenecen a la idiosincrasia de nuestra tribu tártara.

No obstante, vamos a empezar por el principio y haciendo el intento de publicar lo que tenemos en nuestras manos desde hace muchos años. Y si después da para más, así lo haremos y seguiremos produciendo entre todos y con el aporte de todas nuestras mentes y lumbreras que todavía, tal vez, no se despertaron. No es fácil la cosa, pero hay que intentarlo.

Conocido como Juan Chajchir, su nombre correcto era Jaime Jiskyvo Chajchir. Hijo de don Moisés Chajchir y doña Sime Korchuk, naturales de la ciudad de Kersch, en la península de Crimea (perteneciente antaño al imperio turco y actualmente bajo el dominio ruso).

Los Chajchir, de origen tártaro-cusarita o jasar, vinieron a afincarse entre las cuchillas entrerrianas después de una larga travesía. Primero desde Crimea a Estambul, y de allí por el Mediterráneo a Marsella, Francia. Luego, desde Burdeos, cruzaron el Océano Atlántico en el Vapor Pampa hasta Buenos Aires, llegando en 1892.

Y todo esto a instancias del Barón Mauricio Hirsch, conocido como el “Moisés de las Américas”. Dueño del “Expreso de Oriente”, donó toda su fortuna para crear la Fundación *Jewish Colonization Association* con sede en París primero y luego en Londres.

El barón Hirsch, quien murió en París sin conocer la Argentina, se enteró al hacer los ferrocarriles de centro Europa que en la Rusia Zarista había cinco millones de judíos que vivían en demarcaciones y pueblitos, sin derechos civiles ni políticos.

A instancias de Alí Ben Pashá, socio del barón Hirsch en el Expreso de Oriente, el Barón Hirsch hizo que los judíos tártaros “crimchaquies” fueran de la partida en la etapa migratoria a la Argentina de finales del siglo XIX y pactó con el zar de Rusia la salida de muchos de esos judíos, a quien les ofreció tierras en la Argentina que había comprado a través de su fundación.

Don Juan nació el 27 de octubre de 1905 en Villa Domínguez, centro de la Colonia Clara (porque así se llamaba la baronesa), Departamento Villaguay, Distrito Vergara, y falleció en Buenos Aires el 12 de agosto de 1992.

En el presente libro don Juan cuenta anécdotas de su vida a instancias del escritor y periodista Julio Ardiles Gray, quien estaba compaginando el libro “Viaje al País de la Esperanza” que había sido escrito por su hermano mayor, don Mauricio Chajchir. Ardiles Gray conversó varias veces con don Juan para conocer qué había pasado después de que la familia Chajchir se afincara en Villa Domínguez. en la línea de la colonia denominada Kiriat Arbá.

Juan fue un auténtico “gaucho judío”. Chacarero, de a caballo, sabedor de ganadería y raza caballar, agricultor, sembrador y cosechero. Y también mecánico o, mejor dicho, “maquinero”, porque sabía de toda máquina y automóvil que pisara la tierra, por esas épocas. Fue armador de la marca “Massey Harris”, especialista en máquinas cosechadoras de corte y trilla de 16 pies.

El patio de los “Charchir Hermanos”, como decía su sello, era un auténtico taller mecánico de maquinaria agrícola, tractores, cosechadoras, arados, discos, rastras, sembradoras y ventiladoras, y Juan trabajó junto con sus hermanos José e Isaac durante muchos años.

En 1937 don Juan contrajo matrimonio con doña Simona (“Sima”) Genijovich, nacida en La Capilla (hoy Ingeniero Sajaroff), y quien fue una abnegada y ejemplar esposa y madre de sus hijos, Abel y Pedro.

Don Juan vivió con su familia hasta 1956 en el campo en Villa Domínguez y luego de esa fecha se convirtió en un habitante de la Ciudad de Buenos Aires, donde se dedicó a actividades comerciales vinculadas a la industria del vidrio plano.

El campo –el amor de su vida– fue vendido en 1981, cuando sus hijos, profesionales universitarios, ya se habían independizado y ejercían sus profesiones. Creemos que nuestro querido viejo vio sus sueños cumplidos. Como dicen en Domínguez y sus alrededores, “*los trajeron para sembrar trigo y cosecharon médicos, abogados ingenieros, etc*”.

Ardiles Gray dijo sobre Juan:

“Nacido y criado en tierra entrerriana, su hermano Juan, es un criollo cabal. Pocas veces he desgrabado con más gusto una casete como la suya y aún hoy resuenan esas frases cortas y largas de su conversación con su tonada litoraleña, con sus giros criollazos mezclados con palabras en idish, con ese idish que tuvo que aprender en la escuela... de Domínguez, porque si no, ‘no le iban a dar una novia’ según el sabio consejo de la bobe Sime.

Con la publicación del manuscrito de don Mauricio Chajchir y de la desgrabación de las entrevistas al magnetófono de don Juan Chajchir quiero rendir un homenaje a los inmigrantes que vinieron con sus brazos y sus sueños a hacer más grande mi patria. Conocer lo que hicieron es, también, una forma de luchar contra esa terrible plaga llamada antisemitismo que se alimenta de la ignorancia. Porque no se puede amar lo que se desconoce”¹.

Ardiles Gray apareció a instancias de Silvia Riegelhaupt, hija de nuestra querida prima Dora Daichman, allá por el año 1975.

Silvia se tomó el trabajo de recopilar y pasar a la memoria de una computadora un montón de historias. Cuando Silvia tenía dudas, venía a hablar con Pedro y a consultarle sobre la posibilidad de publicar un libro, porque ella quería hacer trascender lo escrito por el tío Mauricio y por nuestro viejo.

¹ Julio Ardiles Gray, “Prólogo al libro que quedó inédito”, en <http://www.julioardilesgray.com/testimonios-de-la-colonizacion-judia/>

Pero el destino quiso que partiera para estar al lado de Dios, perdiéndose todo contacto con el tema de la publicación del libro, las notas, sus datos y transcripciones. También perdimos contacto con Ardiles Gray y no supimos cuál fue su destino hasta el armado de este material y a través de su página de Internet.

La historia del tío Mauricio ya se publicó², por lo cual ahora debe publicarse la de don Juan.

Nuestro agradecimiento a Julio Ardiles Gray porque se tomó el trabajo de charlar con don Juan. Primero, porque le gustaba hablar con él, y segundo, porque su entraña de periodista así lo mandaba.

Venía a tomar mate y lo grababa, y después lo transcribía con una maquina de escribir (¿una Olivetti o Lexicon 80, tal vez?), porque todavía ni se hablaba de las computadoras.

Las reuniones entre don Juan y Ardiles Grey ocurrieron en 1982 y las historias que le contó nuestro viejo al escritor y periodista tienen hoy casi 100 años.

Es nuestro deber publicar estas notas e historias. En primer lugar, porque nuestro querido viejo era un tipo excepcional y, en segundo, porque estas historias no tienen que quedar en la oscuridad sino al alcance de todos aquellos a los que les interese hoy, sean familiares o no.

A esta altura de los acontecimientos, los sobrinos nietos Aldito, Lacho, Cachi, Vivi, y todos, aunque no los nombremos, se acuerdan de un montón de cosas del tío

² Julio Ardiles Gray, Mauricio Chajchir, “Viaje al país de la esperanza”, en diario La Opinión Cultural, 8 de agosto de 1976; Mauricio Chajchir, “Viaje al país de la esperanza”, EDUNER, 2018.

Juan, que si movía las orejas, que si juntaba el índice con el meñique, etc.

Estas notas introductorias se deben coronar con algunas apreciaciones que hacen al tema.

Es difícil explicar las necesidades del hombre, del intelecto, de las diversas formas del pensamiento, vaya máquina infernal que es el cerebro.

A veces entramos en la mística, mezclado con lo que mandan las raíces, de donde venimos y hacia donde vamos, con toda una mochila de pensamientos mesiánicos y costumbristas que llevamos encima y de los cuales es muy difícil desprenderse.

Tenemos todo el conocimiento de las cosas que son nuestras, y por nuestras raíces que se remontan a nuestros ancestros cusaritas, además de signos de la marcada judeidad, más la “criolléz” de nuestra tierra y la alianza que forma el individuo con los santos lugares donde nació su existencia. Valga la redundancia, “donde todo comenzó” para nosotros: Villa Domínguez.

Emotivamente pensamos en los destinos de la grandeza propia de cada ser humano, es decir de su grandeza interior, que a veces trasciende del individuo y es conocida por otros, siempre y cuando al exteriorizar lo del buen tipo o persona se pueda transmitir lo valioso, y por supuesto que su semejante lo entienda, cosa que no siempre es fácil, entendiendo por interlocutor válido al que al escuchar sienta y entienda lo transmitido.

Queremos aclarar que al tío Mauricio tuvieron que insistirle para que cuente su historia, pero le salió lindo, aunque ésta fue un “resumen”. No podemos dejar de

imaginarnos qué bello hubiera sido tener la historia completa, ya que el tío Mauricio entregó los manuscritos originales al Diario Israelita, cuyo dueño confesó luego haber tirado todos los papeles cuando se liquidó el diario. No obstante, ese poquito fue brillante.

A Don Juan lo grabaron. Hay cosas muy lindas de él, porque tenía muchas genialidades. Aunque escribía bien, fue más fácil que lo contara. Pero no queremos que nos pase lo mismo. Queremos que quede algo escrito. Lo único que trasciende en la vida es lo que queda escrito en el papel. Tener hijos es la ley de la vida. Algo hay que plantar, y escribir un libro sería un poco más ambicioso, pero si fuera posible escribir algo, aunque se haga de a poquito y en forma parcial, para que algún día otro medio poeta ó loco junte todo, con el único motivo de ver que pensaban los que así lo hicieron.

¿Qué tan fuertes son las raíces? Pensamos que son poderosísimas. Los genes marcan a fuego las conductas de los seres humanos.

Cabe mencionar lo emotivo que fue ver “Raíces”, una película de norteamericanos de raza negra cuyas raíces venían de África, del Río Gambia (Gambia Bolongo), y uno de ellos fue hasta allí.

Algo parecido nos pasó cuando fuimos a Miramar. Y por supuesto que fuimos a Mar del Sud, al hotel de inmigrantes, en el famoso Boulevard Marítimo, así se llama la avenida que lleva hasta el mar, es como si hasta allí llega la unión con nuestros antepasados.

Primero fuimos con nuestros padres en enero de 1964, y después fuimos varias veces más. Recordamos un mar

planchado, de aceite, caminar por la playa. Donde debía estar el viejo muelle, solo había unas masas de concreto y de hierros, todos carcomidos por el tiempo. El pueblo y el hotel también se quedaron en el tiempo.

No queremos dejar de recordar a Samuel Aizicovich, esposo de nuestra prima la Ñata, y a Lázaro Maltz, casado con nuestra prima Rebeca, que decían “*ustedes los Chajchir son todos inteligentes*”. No sabemos si es tan así, algo debe haber, pero hay que reconocer que somos bastante ingeniosos, ordenados y tesoneros.

También queremos decir que el tío Juan, para los sobrinos, así como su hermano, el tío José, fueron un poco duros a veces con ellos mismos y con los que los rodeaban, pero siempre tuvieron buena relación con todos, y sobre todo con los sobrinos. Todos venían a hablar con el tío Juan y con el tío José.

Tampoco podemos dejar de mencionar al tío Isaac, un gran tipo, pero bravo el hombre. Daba vuelta para un solo lado, aunque era hombre de una gran paciencia, gran virtud esta que le conocimos al tío Luis, padre de nuestro querido primo Martín (Manuel, para la tía Freide, su madre).

Esperamos disfruten de la prosa vertida por nuestro progenitor en estas páginas. Y si algo quedó en el tintero, ello será objeto de nuevos embates por medio de la escritura y la publicación de lo que quedó flotando en la nube.

Un abrazo grande a nuestra fabulosa familia.

ABEL CHAJCHIR Y PEDRO CHAJCHIR